

LADEN, LAS TORRES GEMELAS Y EL TERRORISMO

Una hipótesis estratégica.

*Alfredo Gallegos Villalobos **

La Agresión.

La destrucción de las torres gemelas del World Trade Center de Nueva York y de un área del Pentágono en Washington el día 11 de septiembre pasado, perpetrada, tal como pudo saberse después, por la red terrorista Al Qaeda que dirige Oshama bin Laden, remeció la conciencia del mundo civilizado y llenó de inquietud y angustia a los habitantes de éstas y otras muchas ciudades. En verdad, no se trataba de una conducta terrorista nueva, por cuanto ya se había atentado contra las mismas torres en 1993 y dos años después un nuevo ataque en la ciudad de Oklahoma había dejado una secuela de 168 muertos, pero la indiferencia por la vida así como la escala en que se desarrolló no tenía paralelo. Cuando se pudo extinguir los incendios habían fallecido más de tres mil personas de una docena de nacionalidades; centenares de empresas estaban reducidas a escombros y habían quedado sin su fuente de trabajo unas treinta, cuarenta o cincuenta mil personas. Casi de inmediato, la Bolsa Mundial de Valores cayó de modo vertiginoso y una cantidad de países unidos por el vínculo de la globalidad empezó a sufrir los efectos adversos de una fuerte contracción en el comercio internacional. Ante tamaña felonía, el Estado agredido ejerció el derecho a la legítima defensa y declaró la guerra al agresor y sus cómplices.

La Declaración de Guerra.

A priori, cualquier país violentado de este modo hubiese buscado satisfacción a la ofensa, consciente que desde un punto de vista político el deber elemental del Estado es el de proveer un ambiente de seguridad a todos sus habitantes. Y, el atentado había puesto en serio entredicho la calidad de santuario que el pueblo norteamericano pretende dar a su territorio, situación que era absolutamente inaceptable para la mayor potencia del mundo. Don Andrés Bello, con la elegancia y la precisión que le son característicos señala que "la Guerra es la vindicación de nuestros derechos por la fuerza", agregando que "su fin legítimo es impedir o repulsar una injuria, obtener su reparación, y proveer a la seguridad futura del injuriado, escarmentando al agresor".¹ La coherencia existente entre lo expresado por el jurista y lo sucedido ese día 11 de septiembre legitima, más allá de todo titubeo, la recurrencia del gobierno norteamericano a la vía armada para reparar la afrenta.

Por otra parte, fuera de los Estados Unidos se crea también un amplio apoyo al país agredido. De importancia fundamental es el Cuarto Principio de la Carta de Naciones Unidas que establece que los países miembros aceptan (o convienen) no usar la fuerza o la amenaza de la fuerza en contra de otras naciones, salvo en defensa propia; situación que se ajusta a lo sucedido. Por lo demás, la interpretación norteamericana de dicha lectura la había expresado A. Dulles al declarar en el Comité del Senado en 1945 que "no hay absolutamente nada en la Carta (de Naciones Unidas) que menoscabe el derecho de una nación a la autodefensa. La prohibición al uso de la fuerza lo es contra su uso para propósitos inconsistentes con los de la Carta. Entre aquellos de la Carta está la seguridad".² A su vez, cuando el Papa manifiesta el parecer de la Iglesia Católica lo hace apoyando el derecho a la autodefensa en contra del terrorismo y circunscribiendo la culpabilidad criminal a los terroristas, pero sin extenderla a la nación, grupo étnico o religión a la que éstos pertenezcan; pensamiento que reflejó, en su oportunidad, la opinión pública mundial. sí, quedaban superadas todas las objeciones desde el punto de vista de la comunidad política internacional para que el país afrentado hiciese uso de la fuerza.

Sin embargo, quedaba todavía por resolver si se actuaría militarmente contra el agresor dentro de una situación de guerra objetiva. En los Estados Unidos, el empeño de los Padres Fundadores de dividir el control de los poderes de guerra los llevó a investir en el Congreso la autoridad para iniciar y autorizar una guerra y, en compensación, a entregar al Presidente tanto la conducción de las relaciones exteriores y de la guerra en progreso como el derecho de responder a un ataque súbito cuando aquél no estuviese en sesiones. Dentro de este ordenamiento, el Congreso norteamericano no habló de guerra apenas producido los atentados, pero autorizó al Presidente el "uso de toda la fuerza necesaria y apropiada" contra las naciones, organizaciones o individuos responsables de los actos responsables o los que cobijaron a las personas involucradas, y en este sentido se procedió a continuación. Aparentemente, la misma dificultad con el empleo de la palabra guerra encontró el Primer Ministro Británico, la OTAN y la mayoría de los Estados Europeos. Como lo expresa Raúl Sohr, ¿qué guerra se puede librar contra una banda dispersa cuyos miembros son perseguidos en sus países de origen? Con todo, esta distinción no constituía un simple hecho semántico sino que reclamaba total precisión porque afectaba a varios órdenes de materias entre los cuales la denominación de los prisioneros y sus derechos era de especial consideración.

Tal vez Oshama bin Laden no haya entendido el escenario que había provocado y pensara que el sigilo con que procedió, la muerte de todos los agentes directos de los atentados y su propio ocultamiento temporal podría sacarlo, eventualmente, del foco de la atención americana. Empero, aún así él sabía que todo agresor que no logra inhibir la voluntad de réplica de respuesta de su adversario, privándolo de sus medios de lucha materiales o psicológicos, se expone a una respuesta o represalia; así lo indica el criterio, lo mandan las Constituciones y lo autoriza el Derecho Internacional. Y, es posible, también, que haya actuado aceptando el costo y consciente del final obligado de su acción, pero entonces resulta difícil entender cómo pudo contemplar el enorme daño que sufrió mucha gente inocente mientras que él permanecía en su refugio. Por último, Laden pudo haber planificado una destrucción menor confiando que ella no despertaría la ira del gigante agredido.

La Naturaleza de la Guerra.

Tomada esta resolución fundamental, Estados Unidos da comienzo a un proceso de planeamiento racional y secuencial para enfrentarla. Primero, determina la naturaleza de la guerra y define sus orientaciones y formas fundamentales; a continuación, prepara su conducción orquestando todas sus capacidades políticas, económicas y militares y, cuando considera que es oportuno, moviliza las fuerzas, mientras que despliega todos los medios para identificar al adversario que permanece en las sombras.

En este esquema, el primer paso es conocer el motivo real del ataque, que Clausewitz identifica con toda propiedad con el objetivo político.⁴ ¿Es el acto de Laden un hecho enfermo y aislado o puede despertar simpatías y traer escalamiento? Y, no obstante que el método sea despiadado, ¿Pretendió únicamente provocar la atención mundial sobre la frustración de los anhelos de muchos de sus congéneres musulmanes o, por el contrario, encender un conflicto de proporciones? Por su parte, bin Laden ofrece sus propias respuestas a estas interrogantes ya que ha señalado que el acto terrorista de septiembre es el inicio de una Guerra Santa -Jihad- entre un mundo secular y otro profundamente religioso, suerte de propuesta que no es nueva atendiendo a que Kaddafi ya la había proclamado en otra oportunidad en Libia. Cabe asumir que el saudí movilizó todos sus medios e influencias para tratar de comprometer el apoyo de los caudillos musulmanes y legitimar su acción, sin encontrar el eco esperado.

Sin duda que este asunto es de la mayor gravedad. Objetivamente, el dinamismo de Occidente lo empuja a hacer presencia en espacios que han pertenecido históricamente a otras culturas y credos religiosos, como sucedió durante la expansión y la vida de los Imperios Coloniales Europeos, la construcción del Canal de Suez a fines del siglo XIX, la explotación del petróleo y, más recientemente, el actual proceso de globalización. Puede conjeturarse que el mundo árabe recibió esta influencia con dos grandes sentimientos: el primero, de satisfacción y

alegría por los beneficios económicos y sociales que se generaban en la comunidad; y, el segundo -radicado en los grupos nacionalistas y fundamentalistas de resistencia, porque veían debilitarse su herencia y sus tradiciones ante la irrupción foránea. Lo justo es afirmar que las civilizaciones poseen tal fuerza interior y atributos que no es posible pensar que ninguna de ellas tenga el derecho a avasallar a las restantes, sino que limitarse a convivir con ellas. Toynbee había reflexionado en profundidad sobre esta materia y concluido que "en su lucha por la existencia el Occidente ha acorralado a sus contemporáneos y los ha enredado en las mallas de su superioridad económica y política, pero no los ha despojado todavía de sus culturas distintivas",⁵ pero esto lo escribió hace sesenta años. En la actualidad se habría dado un paso más, aquel que autoriza a Huntington⁶ a afirmar que "la dimensión fundamental y más peligrosa de la política global que está surgiendo sería el conflicto entre grupos de civilizaciones diferentes" cuyos choques son la mayor amenaza para la paz mundial, siendo probable que en el futuro los más peligrosos surjan de la interacción de la arrogancia occidental y la intolerancia islámica."

El mundo islámico, con sus mil doscientos millones de fieles, es una de estas grandes civilizaciones que vive un proceso de agitación interior. Al decir del profesor Huntington, está en marcha una Revolución Islámica alentada por estudiantes e intelectuales que "encarna la aceptación de la modernidad, el rechazo de la cultura occidental y el renovado interés por el Islam como la guía cultural, religiosa, social y política para la vida en el mundo moderno"⁷ cuyo trasfondo está en la convicción de que, más que una religión, el Islam es una forma de vida. Más aún, muchos eruditos coinciden en que el fundamentalismo religioso islámico está aumentando cada vez más su dominio a la hora de determinar los intereses nacionales musulmanes.

Es innegable que hay varios elementos perturbadores en la relación entre la civilización islámica y la nuestra que subyacen en este conflicto. En primer lugar, el nacionalismo de los pueblos árabes que en casos llega a ser exacerbado. Después, la connotación de materialista y decadente que muchos musulmanes dan al mundo occidental y la acumulación de resentimiento ante tanta pobreza. A continuación, la penosa constancia de que Naciones Unidas y Estados Unidos, como potencia rectora, han sido incapaces de solucionar el conflicto palestino israelí que se arrastra por décadas, comprometiendo a todo el Medio Oriente y alcanzando trágicas proporciones, y donde el terrorismo y la negociación política interactúan como formas de lucha para dar a Palestina una expresión como Estado. Por último, tampoco puede olvidarse que Estados Unidos destruyó en agosto del año 2000 varios campos de entrenamiento dirigidos por Oshama bin Laden y ubicados en el sector sureste de Kabul, lanzando sobre ellos una veintena de misiles crucero.

Pese a todo lo dicho, no puede entenderse "racionalmente" el ataque en una relación de causa y efecto cuyo estímulo o fundamento se encuentra en el uso del poder norteamericano en los asuntos mundiales. Hacerlo así implica el desplome de toda la institucionalidad.

El Objetivo Político y Estratégico de la Guerra.

Tan pronto como conoce del atentado, el Presidente de los Estados Unidos define el Objetivo Político de su país en la captura o reducción de Oshama bin Laden y de la organización Al Qaeda que éste dirige y, también, de quienes los alberguen, en una clara alusión al gobierno talibán de Afganistán. En un plano estratégico, se une a dichos objetivos la destrucción o la neutralización de las fuerzas y núcleos de resistencia que se opongan a sus propósitos, sin que se prevea la captura de objetivos geográficos como parte de una maniobra de conquista territorial, no obstante que los requerimientos de las operaciones pueden hacerlo necesario. Empero, a medida que se va conociendo la red terrorista y sus extensas ramificaciones, los objetivos políticos, que eran hasta entonces perfectamente limitados, se amplían a la destrucción del terrorismo organizado, lo que debe entenderse como una campaña de largo aliento y el paso desde una estrategia directa – o el empleo preferente de fuerzas militares - a otra de acción indirecta en que participan todos los Frentes de Acción. Se trata de una contienda nueva, distinta de la anterior, cuya extensión en el tiempo y en el espacio no conocen limitaciones, y que lleva al Estado del

Norte a asumir una posición de "policía del mundo" a pesar de todas las declaraciones en contrario de la Autoridad.

Los Elementos Esenciales de la Planificación.

El más importante de estos factores es la decisión política de la Autoridad Ejecutiva de Estados Unidos de responder racionalmente a la agresión y sin provocar, en la medida de lo posible, daños a inocentes. Así lo aconsejaba la Ética y, en un terreno más concreto, el Derecho Internacional a través de la Convención de Ginebra de 1977 (que no fue ratificada por los Estados Unidos) que establece que la "población civil y las personas civiles gozarán de protección general contra los peligros militares", salvo está, quienes participen directamente en las hostilidades. Por cierto que la orientación dada a su Estrategia Militar, en el sentido de dirigir sus operaciones contra objetivos de carácter militar, no representa una opción estrictamente binaria, tanto porque no siempre es posible aislar los objetivos militares del entorno humano y social en que se encuentran, como porque pese a la exactitud de las armas subsiste la posibilidad de errores. A título de ejemplo, en los bombardeos realizados por los modernos B-2 en Kosovo, dos años antes, el Pentágono afirmó haber logrado una precisión de un 89 %, pero es indudable que el 11% restante esconde una enorme tragedia humana. Con todo, por cruel que ésta sea no puede desconocerse el enorme esfuerzo y el altísimo costo que asume la Coalición al intentar destruir únicamente blancos militares. Específicamente, mientras que las milicias o las fuerzas de los talibanes se encuentran o se atrincheran en las ciudades, la exposición de las edificaciones vecinas y de sus habitantes al fuego y la violencia es inevitable, pero en la medida que estas fuerzas se repliegan hacia terrenos rurales, desérticos o montañosos, tal situación se supera y el enfrentamiento se concentra, absolutamente, en los combatientes.

El riesgo de nuevas acciones terroristas sobre los Estados Unidos -y cualquier otro lugar del mundo- es grande y está vigente. Como se desconoce la dimensión física y la capacidad operativa de la red terrorista es casi imposible prever o evitar nuevos atentados, circunstancia que lleva a extremar las medidas de vigilancia en todos los sitios públicos. Si embargo, hay conciencia de que ninguna de estas acciones defensivas privan al atacante de la iniciativa y que es indispensable asumir la ofensiva y hacerlo con decisión, sin flaquezas, para privar de ella al adversario saudí.

A continuación, contribuye fuertemente a conformar la Estrategia norteamericana el alto valor que Estados Unidos asigna a la vida del soldado. Pragmáticamente, hay allí una convergencia que surge tanto de una "razón pura", esto es, el reconocimiento del valor de la persona, como de una "razón práctica" en cuanto a que el hombre es, al mismo tiempo, lo más valioso y lo más difícil de reemplazar del sistema militar. No obstante, en un orden histórico Occidente muestra un intenso rechazo a la muerte y se autoimpone una limitación en el empleo de sus propios medios de destrucción. Con estos antecedentes, la planificación estratégica se desarrolla con vista a proteger la vida de los combatientes, de forma que su entrada al campo táctico sólo tiene lugar cuando se ha debilitado a un nivel aceptable la oposición del adversario y, de hecho, su primera baja en combate se produce recién en los primeros días del mes de enero, cuando se ha derrotado ya el foco principal de resistencia.

Otro elemento de la matriz estratégica es la elección de una estrategia colectiva o de alianza, por sobre otra exclusivamente nacional, lo que se manifiesta tanto en el campo diplomático como en el militar. En este contexto, la primera decisión que se adopta es la de formar una Coalición en la que participan fuerzas del Reino Unido, Francia, Australia y Alemania y que recibe el pleno respaldo de la comunidad internacional en su conjunto. Además, se resuelve coordinar las operaciones de la Coalición así formada con las fuerzas de la Alianza del Norte liderada por Hamid Karzai, organización que pretende obtener el poder político en Afganistán conquistando todo el territorio y su capital, Kabul. Dicha Alianza, a la cual se brinda apoyo de fuego, logístico y de inteligencia presta una contribución decisiva al curso de la guerra por cuanto provee una masa combatiente motivada, entrenada y conocedora del terreno de lucha. Y, por último, se logra la adhesión vital precaria e inestable del General Pervez Musharraf, Presidente del vecino Pakistán y

de países limítrofes del norte, situación que permite establecer un cerco alrededor de Afganistán dificultando el ingreso de refuerzos o la huida de los combatientes talibanes y, simultáneamente, instalar bases de operaciones y logísticas próximas a las zonas de combate que facilitan la reacción de líneas de operaciones y de distribución de ayuda humanitaria.

En el ámbito diplomático, el desprecio por la vida que se manifiesta en la acción terrorista y la posibilidad que ésta se extendiese ante cualquier debilidad contribuyen a vencer la indecisión o el miedo y a cohesionar a la mayoría de los países de la comunidad mundial, con todos los beneficios políticos, estratégicos, psicológicos y económicos que esto conlleva. En efecto, a Inglaterra, Francia y Rusia (el más enconado adversario de ayer) se une la Organización de Estados Americanos, la Unión Europea y la Organización del Tratado del Atlántico Norte. Y, coronando todo lo anterior, el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas aprueba -unánimemente- la Resolución 1368 que describe los ataques como "una amenaza a la paz y a la seguridad internacionales", dando lugar, en su conjunto, a una verdadera alianza de carácter mundial. En tanto, el régimen talibán de Afganistán se pliega a bin Laden y le ofrece refugio, constituyéndose en objetivo de la acción de la Coalición.

Sea cual fuese la exacta dimensión del antagonismo entre occidentales y árabes, subsiste el hecho que hay un margen de libertad de acción estratégico estrecho y limitado que encauza el diseño estratégico norteamericano. De otro modo triunfaría la hipótesis de la Jihad que implica la existencia de un objetivo ilimitado en su extensión cuya aceptación por el agredido conduciría, inevitablemente, a un mutuo exterminio y a un cataclismo apocalíptico ya que el mundo musulmán representa el 20% de la población mundial -equivalente a la población de China- y hacia el año 2.025 alcanzará al 31%. La circunstancia de que la visión de bin Laden la comparta únicamente una parte menor de dicho mundo liderada por los talibanes, que son una secta fundamentalista cuyo celo religioso es comparable al de la Inquisición española es, simplemente, decisiva y es insensato provocarla. Además, en Norteamérica residen más de cuatro millones de musulmanes sobre los cuales podría iniciarse espontáneamente un eventual apartheid o una persecución étnica y religiosa, que desharían por décadas o generaciones la convivencia norteamericana.

La geografía de Afganistán afecta también el marco de la conducción del conflicto. Desde luego, el nombre oficial del país es el de "Estado Islámico de Afganistán", hecho que ilustra la vertiente religiosa de la lucha. La población, que es básicamente rural y que sobrepasa los veintiséis millones de personas, está compuesta por cerca de veinte grupos étnicos muchos de los cuales están agrupados en tribus con lenguajes particulares, situación que dificulta su unidad nacional y la aceptación de un liderazgo único. Sólo el Islamismo, que es profesado por un 99% de la población, constituye la verdadera fuerza unificadora, aún cuando existan divergencias importantes entre la mayoría sunita que alcanza al 85% y la minoría shiíta. Desde un punto de vista geoestratégico, la posesión del paso de Khyber que comunica el país con Pakistán (la India y el Indico) ha envuelto a Afganistán en diversas guerras y conflictos desde la Antigüedad, cuya expresión moderna se concentra en Inglaterra y la Unión Soviética. Así, mientras que la primera invadió a Afganistán en 1878 con el propósito de frenar un posible avance soviético hacia India y sólo vino a frenar sus intereses políticos en 1947, una vez que India y Pakistán obtuvieron su independencia, la Unión Soviética se lanzó a su conquista en 1979 provocando una guerra que se prolongó por diez años y que acarrió la muerte de más de quince mil de sus soldados, y cuyo fracaso aceleró su desmembramiento.

Las fuertes lealtades crecidas durante esta última guerra de liberación nacional dieron lugar a afinidades profundas que afectan y profundizan la actual división del pueblo y complica todavía más el mosaico social. Paradójicamente, Estados Unidos apoyó fuertemente a los guerreros afganos en su victoria contra el invasor soviético, entre las cuales se contaba, mayoritariamente, las fuerzas del talibán.

Por último, debe considerarse la notable capacidad de combate (terrestre) de los guerreros afganos, a la que concurren varios factores. Tal es el caso de su plena asimilación al terreno preparado ya para la defensiva y su aptitud para sobrevivir en las condiciones de vida más difíciles.

Y, también, su acendrada lealtad a la causa y el liderazgo fuerte y experimentado de sus líderes carismáticos, el mullá Mohammed Omar que dirige la resistencia y Hamid Karzai que lidera las fuerzas de la Alianza del Norte. Precisamente, estos atributos les permitieron a los afganos inflingir una humillante derrota a las fuerzas soviéticas en la década de los años ochenta, pero entonces el sentir popular estaba expresado en una sola voluntad, en tanto que ahora, quebrada en dos, da lugar a un enfrentamiento interior. Ante estos antecedentes, lo más apropiado para los atacantes era evitar el enfrentamiento terrestre hasta haber privado al adversario de sus recursos de lucha y debilitado sus estructuras militares utilizando al máximo la tecnología militar -en especial el poder aéreo- y, por cierto, aprovecharla inestimable contribución de la Alianza del Norte y de los países limítrofes para realizar la campaña terrestre. La Operación Desert Storm tenía mucho que enseñar y, como es obvio, el empleo se limitó únicamente a las convencionales.

Lo más atípico de este conflicto es que él no responde plenamente al entorno de una situación de guerra entre Estados. Ni en un principio, cuando el Gobierno afgano no había comprometido todavía su apoyo a Laden, en que, por así decirlo, se buscaba un grupo terrorista en un Estado no beligerante. Ni tampoco después, cuando dicho Estado abrazó la causa del saudí, ya que el pueblo adoptó en general una posición pasiva o bien favorable a los Estados Unidos, situación que permitió centrar el enfrentamiento contra las fuerzas talibanas. La verdadera contienda, aquélla que corría por canales paralelos a las operaciones norteamericanas pero intercomunicada con ellas fue, en realidad, una verdadera guerra civil.

El Desarrollo de la Guerra.

La secuencia de la campaña norteamericana es implacable y sistemática. Primero, hay una intensa búsqueda de Inteligencia que se orienta a ubicar el refugio de bin Laden y la infraestructura de mando, de combate, logística y financiera de Al Qaeda, en la que participan prácticamente todos los organismos occidentales en un proceso silencioso y secreto que compromete a varios miles de hombres con el apoyo de los más complejos sistemas de computación y de apoyo de informaciones. Sólo cuando se ha obtenido suficiente información se inicia una segunda fase consistente en la destrucción de sus Centros de Mando y Control y de sus principales emplazamientos de armamento antiaéreo, para lo cual se utilizan misiles crucero lanzados desde buques desplegados en el mar Árabe y el golfo de Omán, sin que se comprometa ninguna vida norteamericana; cien de estos misiles, cuyo costo se aproxima a los cien millones de dólares, se lanzaron durante la primera noche de ataque. Después, en una tercera fase, cuando se ha logrado un suficiente margen de seguridad se da comienzo a la destrucción de los reductos o emplazamientos talibanes activos empleando aviones stealth sin que se experimente una sola pérdida humana, a lo que siguen los bombardeos de los poderosos B-52, los F-16 y los aviones basados en portaaviones.

Entonces, cuando los puestos de mando y las comunicaciones del adversario -el software militar- y sus medios de combate están seriamente limitados penetran tropas de elite con tareas específicas y, después lo hacen destacamentos de Infantería de Marina que ingresan al campo táctico desde Pakistán. En todo este tiempo la búsqueda de Inteligencia es permanente y extremadamente difícil, atendiendo a la imposibilidad de asimilar a los soldados americanos a los usos, lenguaje y vestimentas de sus adversarios. Siempre está presente el riesgo de una equivocación o de una delación, pero la mayoritaria insatisfacción de la población con el régimen de gobierno talibán proporciona a los americanos y sus aliados numerosos simpatizantes que alivian la tarea.

Un elemento fundamental en el teatro de guerra es la correlación objetiva entre el accionar de las fuerzas de Estados Unidos y las Alianza del Norte que lidera el pashtún Hamid Karzai al permitir que las primeras persigan sus objetivos y faciliten el avance de la Alianza, mientras las segundas realizan, propiamente, la ofensiva terrestre. Producto de la implacable rebusca electrónica, térmica, sónica y satelital cada vez más dirigida, los jefes talibanes más próximos a Laden que consiguen sobrevivir, tratan de ocultar su presencia, pierden la iniciativa y el control de sus tropas y ven debilitarse severamente su liderazgo. Se agotan muchos de los recursos de

combate, se advierte la certeza de la derrota, abundan las deserciones, la resistencia se ablanda bruscamente y caen una a una las importantes localidades de Kunduz, Mazar-e-Sharif, Kandahar y Kabul, la capital, que capitula con escasa lucha. Comienza una retirada más bien desordenada que se concentra en la región de Tora Bora, al este de Afganistán, último bastión de resistencia de bin Laden y del mullá Mohammed Omar, que dirige la resistencia, y de sus soldados más próximos. La lucha en tierra se da fundamentalmente entre los afganos y los extranjeros –idealistas y mercenarios- que apoyan con fiereza las causas en disputa, en tanto que las escasas fuerzas de la Coalición operan, de preferencia, desde el aire. El ruido, la miseria y el sufrimiento alcanzan a todas partes.

También, hay plena conciencia de que durante una guerra nada es más dañino que interrumpir el contacto político y dejar que las armas actúen sin limitaciones. Por tanto, el diálogo político entre el Gobierno norteamericano y el de Afganistán se mantuvo por medios directos o indirectos y se ofreció reiteradamente, aunque sin éxito, la cesación de las hostilidades a cambio de la entrega de los responsables del atentado, y sólo cuando la derrota es cierta surge la disposición a negociar.

Por último, impacta la asimetría casi absoluta entre los Estados combatientes y la forma no convencional de la guerra. Así, en tanto que en la Operación Tormenta del Desierto -que se libró a unas 900 millas de distancia- los cuatrocientos mil efectivos americanos se enfrentaron a medio millón de soldados iraquíes, en la actual, "Libertad Rápida", a las fuerzas americanas que ascendían a algo más de un Batallón de Infantes de Marina y algunos destacamentos de tropas de comandos o de elite sólo se oponían en su mayor parte milicias no uniformadas. Hay odio y fanatismo, características que están ausentes en la mayor parte de los conflictos, lo que radicaliza las formas de lucha y los hace interminables y, como corolario de lo anterior, tanto en la Alianza del Norte como en las fuerzas del mullá Omar se evidencia crueldad y violencia innecesaria y deplorable. La enorme diferencia de potencial de los adversarios no se refleja en su totalidad en el teatro de guerra, porque no se combate contra un pueblo y, además, la libertad de acción de la Coalición debe restringirse severamente para no comprometer la precaria estabilidad de los regímenes regionales que la apoyan ni menos, todavía, exacerbar a los pueblos árabes arrastrándolos a una guerra étnica y religiosa. El tiempo que distorsiona la opinión pública y puede afectar las estrategias corre de distinta manera para ambos contendientes y favorece al terrorista saudí, y a poco de iniciarse la represalia norteamericana empezaron a oírse voces disidentes que la condenan, exigiendo mayor rapidez y precisión su accionar y ninguna tolerancia en la selección de los blancos, lo cual es, por desgracia, prácticamente imposible de lograr.

El Futuro.

Para la Historia, lo más relevante es decantar las enseñanzas y determinar las causas reales y las consecuencias de los conflictos y, en especial, constatar el nivel de satisfacción o de alivio que se ha dado a la tensión original, para construir o destruir hipótesis y prever o predecir el futuro. El desarrollo de la lucha pasa pronto al olvido, salvo para los estrategas.

Conforme a las informaciones existentes, no se ha conquistado en su totalidad el objetivo original norteamericano centrado en la persona de Oshama bin Laden y la red Al Qaeda que él dirige, no obstante que dicha organización fue literalmente abatida en combate y se destruyeron todos sus campos de entrenamiento en Afganistán. En apariencia, su capacidad económica no se ha afectado severamente ya que se descubrió que ella posee extensas redes financieras - como Al Taqwa y Al Barakaat- y utiliza una cantidad de empresas privadas, estructuras corporativas y obras de beneficencia a la manera de un mosaico financiero con conexiones ocultas, que sobrepasa con creces las primeras estimaciones.

En relación con el objetivo de largo plazo, esto es, la derrota del terrorismo, el Presidente Bush advirtió que la lucha iría más allá de la campaña en Afganistán, recibiendo el sólido apoyo del Primer Ministro inglés, Tony Blair. El Mandatario también se refirió a la amenaza que representan Irak y Corea del Norte, aunque sin especificar la forma en que se procedería para neutralizarlas,

pero la posibilidad de que Irak constituya el próximo objetivo de guerra es preocupante, atendiendo al escaso margen de libertad de acción frente al mundo árabe y a las dificultades operativas y logísticas de la operación. Ante esta disyuntiva, existen discrepancias al interior de la cúpula norteamericana y mientras que el Subsecretario de Defensa Paul Wolfowitz se ha manifestado firme partidario de atacar a Irak, el Secretario de Estado, General Colin Powell, se opone. En la Operación Tormenta del Desierto, diez años antes, hubo también confusión y se preguntó insistentemente por la razón de no haber dado término a la tarea atacando a Bagdad, ante lo cual el General Schwarzkopf respondió invariablemente que "cuando terminó la guerra no había un solo Jefe de Estado, diplomático, experto en el Medio Oriente o líder militar que aconsejara continuar la guerra y capturar Bagdad".⁸ Por su parte, la Liga Árabe ha afirmado que la prolongación de la guerra hacia aquel Estado Árabe u otro cualquiera implicaría su distanciamiento de la Coalición antiterrorista y el fin de su apoyo, a lo que habría que agregar, eventualmente, un fortalecimiento del sentimiento étnico y religioso del Islam, con un enorme costo político para Occidente.

Tres meses después de perpetrado el atentado la resistencia talibán se había prácticamente extinguido y se advertía que el beneficio del enfrentamiento era cada vez más marginal y que el término de las operaciones estaba próximo. En este contexto, el pensamiento político se dirigió a asegurar la estabilidad de la futura paz en la certeza que ella habría de descansar en un liderazgo político legítimo en su origen y en su acción, en una economía que consiguiera derrotar el círculo de pobreza en que se desenvolvía el país y en un deseo real de aproximación de las facciones que estaban enfrentadas. En lo inmediato y ante la necesidad de llenar el vacío de poder que provocó la caída del régimen talibán, Naciones Unidas auspició una Conferencia (en Bonn) que estableció un Acuerdo para dar a Afganistán un gobierno definitivo. El primer hito, a realizarse el día 22 de diciembre fue la instalación de un gobierno interino presidido por el líder pashtún Hamid Karzai. El segundo, seis meses después, es la convocación de una Asamblea Tradicional Afgana -o Loya Jirga que nombrará un Gobierno de transición y el tercero y último es el llamado a elecciones que deberá realizar dicho Gobierno dieciocho meses después, dando al Sistema Político de Afganistán una forma democrática y estable. Todo va bien encaminado.

Las imágenes y crónicas de Afganistán que golpean la conciencia de Occidente mostrando dramáticamente la pobreza, el abandono y el atraso cultural del país junto con la increíble discriminación que sufre la mujer, ponen de manifiesto la gran tarea de reconstrucción afgana. El Gobierno de Estados Unidos asumió esta realidad y dio una nueva dimensión política al objetivo inicial de la guerra la que reconoce, tal cual lo expresó Lidell Hart,⁹ que "el verdadero sentido de la victoria implica que el estado de paz y el de nuestra gente sea mejor después de la guerra que antes" y que la miseria y la desesperanza son caldo de cultivo para el terrorismo. Las estimaciones preliminares norteamericanas prevén que para evitar una inestabilidad todavía mayor y reconstruir Afganistán se requerirá una inversión de unos catorce mil millones de dólares. Por fortuna, el país que es esencialmente agrario ofrece interesantes posibilidades de inversión tanto en la construcción de oleoductos y gasoductos que comuniquen los pozos del Mar Caspio y del Asia Central con Occidente, como en la explotación de petróleo, gas, oro y piedras preciosas y de sus grandes reservas de cobre. Y ya se han comprometido los primeros flujos.

Sin embargo, afianzar la paz en Afganistán es una tarea compleja que supera largamente la dimensión económica. Así lo sugiere la heterogeneidad de sus etnias, la variedad de idiomas, la baja alfabetización, la ausencia de la mujer del campo educativo y laboral, las lealtades tribales alimentadas a lo largo de más de veinte años de guerras intestinas, la carencia de una verdadera base humana empresarial, la inutilización de buena parte de los campos sembrados, la destrucción del sistema político administrativo vigente y las ambiciones personales de muchos de sus líderes. La existencia de fuertes intereses ligados al tráfico del opio que hasta hace poco representaba más del 70% de la producción mundial y, particularmente, de la heroína que representa el 80% del producto que accede a Europa y un 10% del que lo hace a Estados Unidos, representa una fuente adicional de dificultades a la paz interna. Por lo demás, nada es posible de realizar sin un previo desarme y desmilitarización para que el Estado detente, efectivamente, el monopolio de la fuerza, tarea que ofrece serias dificultades.

En respuesta a esta demanda, Naciones Unidas autorizó el despliegue de una Fuerza Internacional de Asistencia y Seguridad que estará integrada por cuatro mil quinientos efectivos provenientes de diecisiete países, siendo los más representativos Inglaterra, Alemania y Francia. Dicho contingente, que cuenta con el total respaldo norteamericano, actuará de acuerdo a las disposiciones del capítulo 7 de la Carta de Naciones Unidas que permite recurrir a la fuerza, más allá de la legítima defensa. Propiamente, esta no es una Fuerza de Paz de dicho Organismo sino que es independiente de ella, pero manejada por sus miembros con el auspicio de aquella, y mientras que un grupo estará abocado a materias de seguridad, la mayor parte lo hará a aspectos médicos, logísticos y de ingeniería para facilitar el suministro de la ayuda y contribuir a sentar las bases de la reconstrucción.

En otro orden de ideas, Estados Unidos y, en general, los países de la Coalición han demostrado su voluntad de actuar hasta las últimas consecuencias, orquestando una verdadera política de disuasión en previsión de otros posibles atentados. Su acción ha sido implacable y ejemplar, y ha demostrado a cualquiera organización terrorista o líder radical que resuelva emprender o alentar ataques que el riesgo de fracaso que debe asumir es enorme. El manejo del conflicto político y religioso existente entre la OLP e Israel que ha escalado a límites dramáticos, pondrá a prueba la experiencia obtenida en el actual conflicto y la validez de las medidas y procedimientos que adopte la comunidad. Es patente que de no mediar un esfuerzo de moderación en ambas partes aquél podría alcanzar límites incontrolables de violencia, no sólo en la zona de la fricción sino que en todas las líneas de confrontación religiosa y política de la región con resultados devastadores.

Aprendiendo de todas las experiencias recientes, Estados Unidos planifica modificar su sistema de defensa haciéndolo eficaz contra los riesgos y amenazas del siglo XXI ya que el esquema actual, orientado para otra época y otro enemigo, no es eficaz para este propósito. En este orden de ideas dicho país ha denunciado el Tratado ABM de 1972 y se prepara para proveerse de un escudo antimisiles "limitado y eficaz" junto con diseñar -prioritariamente- un sistema capaz de impedir que los terroristas obtengan armas nucleares, químicas o biológicas que representan una verdadera pesadilla, ya que hasta su mala manipulación puede exponer a la humanidad a volver a la Edad de Piedra.

La organización y la estabilidad del sistema internacional sólo se conservan si los Estados siguen "las reglas del juego" y mantienen conductas responsables. El terrorismo no reconoce ni respeta dichos supuestos y, en consecuencia, se sitúa fuera del entorno exigido por la comunidad a la que asedia - como forma de hacer la guerra- en sus estructuras políticas, étnicas o religiosas. Por todo esto, la lucha contra el terrorismo deja de ser un tema de Política Interior y se convierte en un Objetivo de la Política Exterior de los Estados, asegurando así que la organización terrorista, que abarca a gran parte de la comunidad mundial, ha de lidiar por primera vez no contra países solitarios y muchas veces impotentes, sino que contra Estados y Continentes organizados cuyo poder de coordinación y de acción lo ha de superar con creces. La Unión Europea ha reaccionado ya a este nuevo desafío y entre sus objetivos declarados se encuentra la adopción de una definición del terrorismo y toda una serie de medidas y procedimientos que se desprenden de la anterior. Tal es el caso de la detención y entrega de los terroristas, incluyendo la aplicación de penas comunes a éstos y sus colaboradores; la activación de medidas especiales de vigilancia; la habilitación de una red de fiscales y de jueces europeos que cooperarán contra el crimen organizado y el terrorismo y el intercambio de información entre policías europeas y agencias estadounidenses. En lenguaje militar, el antiterrorismo del siglo veinte da paso al contraterrorismo, es decir, "a las medidas ofensivas adoptadas para prevenir, disuadir y responder al terrorismo".

Finalmente, pasando por sobre las distancias físicas y sociales el gran desafío de la globalidad será el de acercar las diferentes culturas, limando sus recelos y desconfianzas, haciéndolas mutuamente dependientes y orientándolas a buscar en conjunto intereses comunes. El camino es largo y el único diagnóstico posible es que la lucha contra el terrorismo organizado será una característica nueva de los tiempos por venir. Nada más oportuno, entonces, que

recordar a Ortega y Gasset cuando nos advertía: "Yo soy yo y mi circunstancia; y si no la salvo a ella no me salvo yo".

* Vicealmirante. Oficial de Estado Mayor. Destacado Colaborador desde 1982.

1. Andrés Bello, "Derecho Internacional", Librería Central Mariano Servat, Santiago de Chile, 1886, pág. 189.
2. Citado por Charles A. Beard en "American Government and Politics", The MacMillan Company, New York, 1949, tercera edición, pág. 359.
3. Raúl Sohr, "Las Guerras que nos Esperan", Ediciones B, Santiago de Chile, 2001, pág. VII.
4. Carl von Clausewitz, "De la Guerra", Everyman's Library, New York, 1993, pág. 90.
5. Toynbee, "Estudio de la Historia", Alianza Editorial, Madrid, 1970 (Compendio) Volumen I, pág. 30.
6. Samuel Hungtinton, "El Choque de Civilizaciones", Paidós, Buenos Aires, 1997, pág. 13 y siguientes.
7. Ibidem, pág. 130.
8. Norman Schwarzkopf, "It doesn't take a Hero" , Bantam Books, New York, 1993, pág. 578.
9. B.H.Lidell Hart, "Strategy", Praeger Publishers, New York, segunda edición, 1967, pág. 371.